

EL RETABLO DE MAESE ENRIQUE

Nuevos cuentos

Enrique González Rojo Arthur

2014-2015

FÁBULA INFANTIL PARA ADULTOS

Ignoro la manera en que **Cuit** –la hormiga más roja del hormiguero- logró instalarse en el borde de la oreja de **Jun-boi** –el elefante más sabio de la pradera maputense. **Cuit**, a todo pulmón, dijo: *jud enpri! jud enpri!* que (en una traducción un tanto libre del lenguaje hormiguil *Yut*) significa: ¡señor elefante! ¡señor elefante!. **Jun-boi**, que tenía muy buen oído y conocía algunas palabras de *Yut*, respondió algo así como: ¿quién se atreve a interrumpir la profunda meditación de aqueste paquidermo? **Cuit**, casi desgañitándose, contestó: *ud enpri*, vengo a hacerle una proposición. **Jun-boi** se arrellanó en el silencio y buscó sintonizar su cerebro en la máxima tensión. *Ud enpri*, ¿no sé si usted está al tanto de que **O-buma** –el oso hormiguero que merodea por estos rumbos- es para nosotros una verdadera fatalidad (**Cuit** usó

la palabra *cuita-tinto* que, en su primera acepción significa mala suerte o destino envenenado). ***O-buma*** no es un ser reflexivo, intrigado por el sentido de las cosas, la naturaleza del crepúsculo o los incomprensibles cambios de humor del viento. No. Es un individuo que se la vive buscando hormigueros, rastreando confituras, urdiendo genocidios. ***Jun-boi*** asentó con la cabeza, la trompa y un sí que se resbaló sin impedimentos de la lengua. La hormiga prosiguió: ud enpri, en el hormiguero sabemos de tu enfermedad –la maldita sarna que sufre tu epidermis–, te compadecemos y nos conmueve advertir cómo te pasas restregándote contra los árboles, los acantilados o, tirándote al suelo, contra las pobrecitas piedras. Tomando en cuenta todo lo anterior, en el consejo de hormigas del pasado viernes, me designaron para hablar contigo y hacerte una proposición. ***Jun-boi*** movió la trompa,

acarició la testuz de la hormiga, y nuevamente se hizo todo orejas. La proposición es ésta –dijo **Cuit-**: si tu cuidas que **O-buma**, el oso asesino, no se acerque a nuestro hormiguero, nosotros formaremos brigadas que –a cualquier solicitud tuya- acudirán puntuales a instalarse en el lugar de la picazón para borrar de ahí el molesto escozor con un rascamiento colectivo eficaz.

La proposición de **Cuit** fue aceptada por **Jun-boi** y durante algún tiempo si no la felicidad, sí la calma y una vida aceptable para los protagonistas de la negociación floreció en estas tierras cercanas a Maputo.

Mas, después de algunos años, sucedió lo inesperado, como el chipi chipi con que se inicia un diluvio o la mediocre chispa que se encarama a la megalomanía del incendio. El elefante viejo, sarnoso, fatigado, se tiró en el suelo y pidió a gritos la ayuda rascadora del hormiguero, ya que su sarna

se había globalizado por toda su epidermis. Las hormigas decidieron no sólo formar una brigada para auxiliar a su amigo, sino ir todas, lo que se dice todas, a prestar su ayuda al pobre animal. Advirtieron que la picazón fundamental se hallaba en el vientre y ahí concentraron su trabajo. Fue entonces cuando ***O-buma*** –ante el descuido de sus adversarios– saltó sobre el elefante, devoró de un golpe centenares de hormigas y se robó el último suspiro de ***Jun-boi***.

¿Cuál es la moraleja de este triste episodio? No tiene nada que ver con ***Cuit***, la hormiga más roja del hormiguero, ni con ***Jun-boi***, el elefante más sabios de los alrededores, ni con ***O-buma*** el pobre oso esclavizado por su hambre de hormigas. Tiene que ver con un pinche fabulista que, antes de escribir su apólogo, se desayunó, para paliar la cruda, su café con mala leche.

AY, LAS PALABRAS

En esa banca, en ésa, me voy a sentar. Y dicho y hecho, en ella me siento a meditar en lo que me acaba de suceder. La llamada telefónica que recibí en mi departamento, me generó tal trastorno que, como si tuviera lugar un abrupto cambio de temperatura a varios grados menos cero, no dejo de temblar. En esa banca voy a sentarme para ver si me tranquilizo. Al mismo tiempo de arrojarme a la banca del parque, veo al hombrecillo que sale de su casa. Camina tortuosamente como si Baco fuera su lazarillo y acaba por sentarse junto a mí. Dejo de pensar en él y vuelvo a la llamada telefónica. No lo puedo creer: la voz resucitada se me mete hasta los entresijos. Reconocí su timbre y su inconfundible sonsonete.

Oigo de repente un suspiro que brota sin tapujos de mi compañero de banca. Tal cosa me interrumpe un instante en mis devaneos, pero no le presto demasiada atención ya que estoy en lo mío y he logrado detener el temblor de mi cuerpo. La voz del teléfono proviene de aquellos labios, de aquellos que un día...E inesperadamente tropiezan mis ojos con dos lagrimones que ruedan, macizos, por las mejillas del desconocido. Yo me hago el que la virgen le habla, giro un poco hasta darle la espalda al sujeto y me reintegro a mi minuciosa tarea de desgranar las palabras, las sílabas y las letras de la voz telefónica. Pero, tras el suspiro y las lágrimas, el hombrecillo es presa de un incontrolable acceso de sollozos. No soporto más, hago a un lado mi emoción y mis pensamientos privados, y digo: “¿Qué le pasa, señor? ¿Qué le sucede? ¿Puedo ayudarlo en algo? El individuo interrumpe

sus convulsiones y me murmura entrecortadamente: “acaba de morir mi mujer”. Lo oigo angustiado y busco en el repertorio de palabras de consuelo la más apropiada para musitársela. Quiero decir: “Amigo, es la ley de la vida, mírelo de esa forma” o “lo siento pero piense que su mujer seguramente dejó sin duda de sufrir” o “busque consuelo en Dios nuestro Señor”. Quiero decir eso, pero no sé qué me pasa en la cabeza y en las cuerdas vocales y sólo exclamo viéndolo directamente a los ojos: “ni modo” y, sorprendido de mí mismo y de mis palabras, repito: “ni modo”. El hombrecillo me ve angustiado y creo descubrir en el fondo de sus ojos una desolación pura, sin límites, sin consuelo. De pronto se pone de pie. Abandona el lugar y se aleja de mí sin decir palabra y al parecer sin tomar en cuenta mis incógnitas palabras. No sé qué está pasando en él cuando se retira, pero yo me quedo con el cerebro trastornado y el

corazón revuelto. ¿Por qué le dije lo que le dije? ¿Por qué, en vez de una frase compasiva, le solté una expresión soezmente realista que era algo así como la traducción al lenguaje, de la acción corporal de alzar los hombros? No hallo respuesta a mis preguntas. Y corro a confesarme con el padre Ruperto, el cual me recibe después de ofrecer la confesión a un buen número de mujeres y de hombres culpables de alguna infracción a la moral cristiana. El padre confesor me escucha con la paciencia de un santo varón. Le cuento lo sucedido con pelos, señales y la mortificación que se me había metido hasta los tuétanos. “Estuvo mal lo que hiciste, hijo mío. Pero no es un pecado mortal, sino una pequeña falta que bien se puede limpiar con las tres “ave marías” que te dejo de penitencia”. El padre baja a continuación la cortina de su ventanilla y sé que ha terminado la sesión.

Con la conciencia de que es una medicina de efecto inmediato, rezo a toda prisa las plegarias, mis pulmones se hinchan y lanzo un largo y estruendoso suspiro que me limpia de dudas, prejuicios y preocupaciones. Y no sé por qué vuelvo a la banca del parque. Quizás para reencontrarme con la llamada telefónica. Quizás para olvidar mi insensibilidad ante el dolor ajeno. Pero, en vez de que mi cabeza piense en lo que quiero pensar, se va por la libre y me obliga a cogitar algo muy parecido al sentimiento de culpa. Pero “¿qué me pasa?”, me murmuro. ¿Por qué acepto que la penitencia que me dejó el padre Ruperto sea como un detergente espiritual que deja impolutas mis entendederas? Caigo en cuenta que estoy haciendo trampa. “No te hagas pendejo, querido mío”, me regaño. Siento entonces la necesidad de buscar al pobre viudo que tuvo a bien regalarme una confidencia, y al que respondí como el

cerdo que soy a veces, para pedirle disculpas tras una cuidadosa búsqueda de las palabras exactas para brindarle consuelo y apoyo y ponerme a sus órdenes para lo que él necesite en el amargo momento por el que está pasando.

Me dirijo a la casa de apartamentos por donde lo vi salir al principio. Interrogo al conserje del edificio y me dice que sí, que en el segundo piso está el individuo que mató a su esposa y que ya llegaron los policías para llevárselo. “¿Mató a su esposa?”, pregunto. “Sí, me responde el conserje, le dio en toditita porque su compadre la embarazó”. En ese momento salen del elevador el uxoricida y los dos gendarmes que lo llevan del brazo. Él se me queda mirando un sí es no es sorprendido. Yo intento exclamar: “Te lo mereces, infeliz” o “pareces buena persona, pero eres un monstruo” o “el verdadero castigo te lo impondrá el cielo”, pero no sé

por qué, carajo, sólo digo: “ni modo”. Él me mira casi con agradecimiento.

Hecho un verdadero guiñapo, personificando la desolación, corro hacia mi paño de lágrimas, mi querido padre confesor. Le pido que por lo que más quiera, escuche mis pecados.. Me atiende de mala gana, me apremia a que hable rápidamente, me escucha casi desesperado y me dice: “Te dejo de penitencia tres ave marías, tres credos y tres padres nuestros como castigo por venir a molestarme con tus tonterías, hijo mío. Y por favor no vayas a decirme: ‘ni modo’...”.

REX TREMENDA MAJESTATIS

Hay gente que carece de imaginación para dar nombre a su perro. y este “bautizo” revela tanto el carácter de la persona, que no dudo en proclamar “dime qué nombre le diste a tu mascota y te diré quién eres”. El mastín del que voy hablar en este escrito cargaba, con toda la paciencia del mundo, el apelativo de...¡Rex!. Pobre perro, ni modo. Los lugares comunes nos están acechando continuamente y, si nos descuidamos, se nos meten hasta la tinta roja de las venas. El dueño de Rex era un hombre de tantos que tenía la imaginación maniatada bajo la frente y sin decir “oye mundo, esta boca es mía”.

Pero Rex era algo muy diferente. Y así como hay mujeres y hombres que se salen de lo común, se codean con los dioses y no podemos dejar de reconocer su genialidad,

hay canes fuera de serie, que viven en la adorada perrera de lo excepcional, miren ustedes: Rex tenía lo que suele llamarse “oído absoluto” o sea que sabía localizar la altura de los sonidos con precisión matemática. Si prestaba atención, podía saber que el canto del grillo estaba en mi bemol, el croar del sapo en si natural y la retreta de los gallos en fa sostenido menor. Aunque pasarle el micrófono a lo evidente conduce a convertir en redundante lo obvio, debo aclarar que Rex ignoraba el nombre de las notas y que todos los libros de teoría musical, armonía y contrapunto estaban para él en chino. Pero su destreza auditiva, que lo llevaba a acudir con presteza sin igual al imantador silbido de su amo, le valió ser ubicado en el cuadro de honor de la obediencia.

La mayor virtud de Rex era la introspección. Cuando cerraba los ojos, se miraba hacia adentro y veía cosas que le

desagradaban y otras que le complacían. Le producían verdadera repugnancia dos de las actividades más socorridas de su especie: ladrar y gruñir, ladrar y gruñir. Ladrar le parecía de una vulgaridad ignominiosa y ensalivada. Algo así como el ejercicio desgañitado de la mediocridad. Gruñir era como instalarse en los andenes del salvajismo el redoble circense que anuncia el salto procaz de la tarascada. Las dos, eran actividades de seres inferiores que se hacen cruces ante lo excepcional y refinado. Nuestro perro estaba, en cambio, fascinado con su buen oído. Y no dejaba de aplaudir en su fuero interno la brillante accesibilidad con que el yunque y el martillo tallaban los sonidos que venían desde afuera imprimiéndoles el sello portentoso de lo deleitable.

A partir de cierto momento, su ininterrumpida meditación de siempre adquirió un sentido y una direccionalidad

específica: la de que él, el perro llamado Rex, pudiera silbar con la nitidez y el vigor con que lo hacía su amo. Tomada dicha resolución nuestro singular cuadrúpedo, se pasaba horas, días, semanas enteras moviendo sus fauces, su lengua, su hocico y hasta su saliva a la búsqueda de la forma (adecuada a su aparato bucal) capaz de emitir el soñado chiflido. Horas, días, semanas, hasta que un día – desgraciadamente hacia las tres de la mañana- soltó un poderoso silbido que despertó a toda la familia.

La familia en conjunto abandonó sus alcobas para ver qué sucedía en la sala. Rex se hace el dormido e improvisa una respiración pausada, como un *adagietto* salido de sus pulmones, y su dueño y la parentela no supieron a qué atribuir el extraño sonido y, no sin el pedazo de perplejidad que a a cada quien correspondía, se volvieron a sus recámaras.

Como típicos integrantes de la clase media, los miembros de la familia oían mañana, tarde y noche por la radio o el tocadiscos danzones, guarachas, mambos y rock. A Rex no le gustaba esa música, no, y sólo a veces silbaba muy bajito ciertos pasajes que, pensaba, “son muy pegajosos”. Para no revelar a todos sus aptitudes por cuestiones de pudor, ensayó tararear, cantar en cortito, imitar al murmullo efervescente de un riachuelo. Pero, por más esfuerzos que hizo, le fue imposible hacer tal cosa porque, ay, no era lo suyo. Más que convertir el murmurio en cantábile, mascaba las palabras y las notas musicales hasta hacer un mazacote silencioso de pequeños ruidos sospechosos.

Un día vino a casa el hermano de su dueño. Algo así como su tío. Y trajo con él un bonche de discos de música de concierto y se puso a escucharlos frente a Rex con la

bulimia de un melómano. El recinto se llenó, más que nada, de tres conciertos: el de viola de Telemann, el de violín de Mendelsohn y el de chelo de Dvorak. Rex enloqueció d gusto, se aprendió de memoria las melodías de las tres piezas, y salió del closet...

Cuando, a todo pulmón, se puso a silbar al unísono de la viola, del violín o del chelo, cuando atravesó el laberinto de las cadencias sin tener un sólo tropezón, cuando se manifestó como el Rey de reyes de los matices, produjo un mayúsculo asombro en los oyentes. No tanto, a decir verdad, en su dueño, el cual vio el acontecimiento como una curiosidad o algo reñido con la costumbre. Pero el hermano y los demás no salían del asombro, la admiración y el resistirse a dar crédito a sus oídos.

El hermano se llevó a Rex al circo, a los teatros, a los programas de radio y

televisión. Pero donde tuvo mayor éxito fue en las bodas y en los funerales, y ello debido a que Rex silbaba a las mil maravillas las marchas nupciales de Mendelsohn y Wagner y las marchas fúnebres de Beethoven y Chopin.

El hermano del dueño de Rex ganó dinerales con las presentaciones del perro virtuoso, y no siendo un hombre egoísta, compartió su fortuna con su hermano y su familia.

Pero algo grave se incubo en todo ello. A Rex se le subió el triunfo a la cabeza. Se volvió cada vez más engreído y ambicioso. Ahora quería silbar en el Palacio de Bellas Artes y en el Auditorio Nacional. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: su manager, el hermano de su dueño, logró que lo invitaran a una gran festividad en el Zócalo. Rex, orondo, fotografiándose con todo mundo, llegó a la fiesta con un repertorio muy bien equilibrado. Mas

cuando lo llamaron para que pasara a compartir su arte con los presentes, confundió la tarima de los artistas con la plancha de los fuegos artificiales y al momento de subirse en ésta zás que un cohete que ascendía al cielo lo arrastró consigo y, con ello, obligó a pensar a quienes contemplaron el inusitado accidente que, al igual que el fuego de artificio se derrama en luces al llegar a un nivel determinado, el pobre perro iba ascender un tanto y luego se desmembraría arrojando la cabeza por un lado, las patas delanteras por otro, las traseras por uno más y la cola sepa Dios dónde.

Sin embargo, afortunadamente las cosas no fueron así. Rex sólo quedó parcialmente chamuscado. Y después, atendido por veterinarios eficientes y personas piadosas, fue llevado a casa de su amo donde poco a poco se fue restableciendo su salud. Pero sólo la salud de su cuerpo ya que, ay, ahora

se pasaba el día entero gruñendo y ladre que te ladre.

EL ABRAZO

En una pequeña iglesia de Badajoz, atestada de incienso, ángeles volando y polvo en desbandada, hay un catafalco de cristal con dos santos varones abrazados viéndose frente a frente y conservados a la perfección por obra y gracia de no sé qué embalsamador de maestría inigualable. Las personas mal pensadas que pasan por ahí, a pesar de la leyenda hagiográfica que explica quiénes son los santos del ataúd y por qué se encuentran como se encuentran, tras de verlos se sonríen, se echan miradas enigmáticas entre sí y salen del templo haciendo comentarios irrespetuosos.

La historia que, al pie del catafalco y en alto relieve, cuenta una plancha de mármol es la siguiente: “En otro siglo, el sacerdote Lorenzo Sánchez, víctima de morbos y dolencias extremas, vislumbró su recta

final y pidió un cura confesor. Piadosos feligreses corrieron a buscarlo y, aunque también se hallaba enfermo y guardaba cama, lograron traer consigo al padre Rodrigo Landeros. Cuando el padre Landeros se puso la casulla y preparaba los santos óleos para lo que hubiera menester, le vino un paro cardíaco que lo hizo caer a los pies de la cama, todavía con vida. Los abates y monaguillos que contemplaron el desmayo, no hallaron mejor sitio para poner al padre Rodrigo que la cama donde yacía el sacerdote Lorenzo. Los dos moribundos se vieron azorados y con el alma entre los dientes. Cada uno quedó pidiendo, devastado y compungido, que el otro actuara como confesor y recibiera los pecados que se habían encubado en su ánima, para acceder al más allá sin manchas existenciales. El terror hizo temblar los cuerpos. Fue entonces –y hubo testigos que lo vieron– que descendió Cristo del grande

crucifijo que se hallaba en el muro, se acercó al par de sacerdotes moribundos, los oyó con atención suprema y, tras asegurarse que ambos abandonan esta vida, volvió a ascender al crucifijo”.

Otro padre, Monseñor Ginés, encargado de la iglesia posteriormente, tomando en cuenta la actitud de buena parte de la feligresía al pasar por el catafalco de los “santos abrazados”, decidió barrer del templo esa constante actitud profana y lindante con la lujuria, y mandó enterrar el ataúd en el campo santo contiguo a la iglesia en una tumba con una sola cruz, sin lápida e inscripciones.

Pero manos desconocidas, formaron un altar en la sepultura y los “abrazados” no cayeron en el olvido. Ahora, en nuestros días, es fama en todo Badajoz que estos santos son los más milagrosos del santoral. Pero según se dice sólo oyen los ruegos, las

plegarias, el mal de amores de los
homosexuales.

EL ATAVISMO

Cuando el padre Rigoberto se hallaba confesando a la monja María Luisa, el confesonario fue testigo de un encomiable pacto de honradez. Ambos cayeron en cuenta de que una vez más las palabras que salían de ella y llegaban directamente a la oreja de él (sin contaminarse del incienso mojigato que revoloteaba alrededor) les producían escozores intramuros o urgencias concupiscentes que ponían entre interrogaciones a sus respectivos votos de castidad. El acuerdo fue tan rápido como sencillo: era un hecho que la monja y el sacerdote habían saltado del deseo al enamoramiento y del enamoramiento a la decisión de abandonar su actual vestimenta y en la percha más cercana colgar los hábitos, para pronto muy pronto contraer nupcias y, feligreses de la honestidad, dejar

a sus espadas una institución a cuyas exigencias no podían seguir sometiéndose.

Rigoberto y María Luisa se casaron a las pocas semanas. La felicidad tocó a su puerta, pidió posada, fue bienvenida y se convirtió en parte de la familia. Los esposos escribieron no sé cuántas cartas a París sin obtener respuesta, hasta que un buen día, gracias a Dios, María Luisa inició el delicioso viacrucis de los nueve meses, al fin de los cuales nació el asesino serial.

Rigo, el infante recién nacido, creció, huyó de su casa, cometió sus innombrables fechorías y acabó ahorcándose en una cárcel de alta seguridad. A todo, la felicidad, como se comprende, huyó despavorida de la casa de Rigoberto y María Luisa, quienes nunca volvieron a saber de ella.

Infructuosamente Xavier Holguín, reportero de El Globo, estuvo bus-cando,

merodeando, acechando al ex-sacerdote durante meses, hasta que Rigoberto, como premio a la perseverancia del periodista, pero más que nada debido a cierta necesidad interior de superar la continua mortificación que generara en él la supuesta culpabilidad por lo acaecido, concedió una larga entrevista al reportero.

Palabras más palabras menos, esta fue la entrevista y los diálogos con que la presentó el reportero:

Periodista: Perdóneme que le haga esta pregunta: ¿cuál fue, a su parecer, la causa de que su primogénito haya tenido una existencia tan enfermiza y espectacular, para decirlo de manera eufemista?

Rigoberto: Me lo he preguntado muchas veces, señor Holguín, y no me cabe la menor duda de que, una vez que María Luisa, la pobre mujer, quedó embarazada,

Satanás manipuló el código genético de nuestro hijo.

Periodista: ¿Manipuló el código genético?

Rigoberto: Sí, desde el primer ultra-sonido que se le hizo a mi mujer, en lugar de surgir en la pantalla la cabecita, los brazos y las piernas del niño en ciernes, como suele ocurrir en otros casos, se robaron la escena los puños, sí los puños, de nuestro hijo o engendro.

Periodista: O sea que desde antes de nacer ¿ya anunciaba lo que sería más tarde?

Rigoberto: Por desgracia. Posteriormente, cuando María Luisa le daba del pecho, y unos dientecillos precoces empezaban a blanquear su encía, el pequeño monstruo estuvo a punto de quedarse con uno de los pezones de mi mujer en la boca.

Periodista: Usted y María Luisa tuvieron dos hijas después de Rigoberto chico ¿ellas no sufrieron la misoginia de Rigo?

Rigoberto: No, jamás.

Periodista: ¿Por qué?

Rigoberto: Porque Rigo sólo dañaba, lastimaba, destruía lo hermoso y sus hermanas, afortunadamente, eran bastante poco agraciadas. A medida que Rigo fue creciendo, su carácter fue definiéndose con nitidez: no podía vivir sin destruir lo bello. Lo agradable estéticamente lo enardecía, lo sacaba de quicio, lo atraía hasta la exacerbación extrema y lo conducía a las inmediaciones del zarpazo.

Periodista: ¿En qué consistía, entonces, su carácter?

Rigoberto: No podía vivir sin matar, como el poeta verdadero no puede vivir sin escribir poesía o el músico sin componer.

Periodista: ¿Usted no pudo controlar esos impulsos? ¿tomar una medida drástica – moral, física, lo que fuera- para impedir que su hijo continuara por ese camino?

Rigoberto: No pude. Debí encerrarlo en un cuarto o amarrarle las manos o enviarlo al psiquiátrico. Pero no lo hice. Y Rigo, cuando nos descuidamos su madre, sus hermanas y yo, se escapó de la casa.

Periodista: A partir de entonces su *modus vivendi* fue asesinar a mujeres bellas, solas y ricas.

Rigoberto: Sí, lo he leído, ay, en los periódicos.

Periodista: Su descendiente era muy bien parecido.

Rigoberto: Salió a su madre, a mi María Luisa.

Periodista: Algún comunicador habla de que en su hijo se manifestaba un “donjuanismo depredador”, ya que no sólo le interesaba seducir a una mujer y casi sin interregnos pasar a otra, sino que, para él, ya convertido en asesino múltiple, la seducción era el prelude del

derramamiento de sangre o del enflaquecimiento del oxígeno.

Rigoberto: No sé mucho de ello. A partir de cierto momento, ya no quise leer...

Periodista: Existen serias dudas acerca del número de mujeres que asesinó. Se dice que fueron entre diez y quince. Pero sólo se le comprobaron tres asesinatos, aunque él se declaró siempre inocente y víctima de extraños y oscuros enemigos.

Rigoberto: me dicen que en una de las paredes de su departamento tenía el retrato de *Landru*, el famoso..., a la manera en que, según una revista que estuve viendo anoche, Brahms tenía en una pared el retrato de Cherubini y Dvorak el de Brahms. Me dicen.

Periodista: Es una de esas tonterías que brotan cuando la maledicencia anda suelta y la calumnia borda su entramado de palabras si ingeniosas mal intencionadas...

Pero lo que sí es verdad es que su hijo era un verdadero maestro para esconderse, borrar huellas digitales, cambiar de casa, de ciudad y de apariencia.

Rigoberto: Por eso se tardaron tanto en aprehenderlo, aunque finalmente lo recluyeron a perpetuidad en la cárcel.

Periodista: Se salvó de una ejecución final, porque en nuestro Estado no hay pena de muerte.

Rigoberto: Yo podría decir aquí: bendito sea. Pero no, ya que Rigo no soportó la cárcel y prefirió escaparse de ella ahorcándose.

Periodista: Señor Rigoberto le voy a contar con detalle cómo ocurrieron las cosas.

Rigoberto: Ya las sé. Pero dígamelas. Quiero apurar en el cáliz hasta la última gota de acíbar y expiar un tanto mi culpa por no haberlo llevado a tiempo al psiquiátrico.

Periodista: Lo aprehendieron. Y la celda lo enloqueció más aún si ello era posible. Él, ya lo dijimos, no podía vivir sin matar y el hecho de hallarse entre cuatro paredes que le paralizaban las piernas, le amarraban las manos y le incautaban el espacio, no era vida. Vivir sin matar equivalía a ser un escultor a quien se le confiscan el mármol y el cincel. Pensó en matarse. Pero él, misógino de tiempo completo, no podía destruir a un hombre. Entonces pidió ver a una de sus hermanas...

Rigoberto: Me consta.

Periodista: Y su hermana le trajo una mochila llena de faldas, corpiños, polveras, pintura labial. Los carceleros no pusieron reparos. Él había dicho que quería hacer una fiesta y cantar y bailar para todos los presos y a todos les cayó en gracia la ocurrencia.

Rigoberto: Entonces sobrevino el desenlace.

Periodista: Sí. Su hijo, después de vestirse de mujer, empolvase, perfumarse y pintarse las uñas y los labios, agregó a su lista de diez o quince víctimas, su propia destrucción. El suicidio fue el último acto del asesino serial que fue su hijo.

**CUENTO DE JOSÉ REVUELTAS,
NARRADO ALGUNA VEZ POR LACO
ZEPEDA Y RESUCITADO POR UN
EXPOETICISTA EN SU EDAD
PROVECTA.**

José llegaba con retraso a la reunión y, *rallentando* los pasos, se tardó un poquito más para meditar en la disculpa que tendría que ofrecer a los camaradas y amigos. Era el cumpleaños de no sé quién, se le esperaba desde hacía buen rato y él temía el enojo de algunas o algunos y hasta el virgíneo “mira, Pepito, a qué horas vienes llegando”. Tocó el timbre, se abrió la puerta y Revueltas se imaginó que tenía frente a sí el espinoso reclamo de los impacientes. Alguien le quitó la bufanda que se le enroscaba en el cuello, le buscaron una silla y él, arrellanándose en su cerebro, discurrió: denme un *gin and tonic* y les

cuento, chitos y chitas, por qué he llegado tarde a la celebración.

El zumbido de una mosca se robó todo el sonido de la sala.

Estaba en la esquina de la calle en espera del autobús que me trae aquí, con mis pies hormigueantes de prisa, cuando escuché o creí escuchar a mis espaldas la voz: “ayúdeme señor ayú-deme”. Volví la cara y miré que la *árbola* caminaba atolondradamente hacia mí. No era, no, un árbol, sino una *árbola* de aproximadamente quince abriles, con una hojarasca más verde que la esperanza en sus días de desenfreno. Quería que la auxiliara al caminar porque sus raíces se le enredaban y el peligro de morder el polvo era tan real como el punto y seguido con que termina esta frase. Le di la mano y logró colocarse junto a mí a la espera del vendaval de hierro que intercambia pedazuelos de espacio por las dos o tres monedas del pasaje. La *árbola* lo

vio venir y levantó una ramita para hacerle la parada. El autobús se detuvo poco a poco, pavoneándose por el lucimiento que le proporcionaban unos nuevos frenos que sabían ir desmenuzando la velocidad. Yo tomé el codo de una rama de la *árbola* y, no sin dificultades, la ayudé a subir al camión. El chofer, pacientemente, espero a que ella pagara lo que debía pagar por el viaje. Tambaleándose, la *árbola* buscaba y buscaba en su tronco la bolsita en la cintura donde se guardan los centavos; pero, por más que lo hacía, ay. no daba con el sitio. Entonces yo le pagué al conductor el pasaje de ella y el mío y, tomándola del tronco y de una rama, la ayudé a sentarse junto a la ventanilla en el primer asiento del autobús. Yo me ubiqué a su lado. Y le mostré por la ventana una nube que, en los telares de su entraña, agrupaba a todo vapor la gloria de una lluvia inminente. En ella empezó a florecer por todas partes el

agradecimiento y las dos o tres hojas que dejó caer en mi pecho olían a naranjil y yerbabuena. Con el rumor de un oboe escondido en su frondaje algo quería decirme, algo untado de morriña, como las cosas que se hablan “cuando declina el día, en alta mar y con la cara al cielo”. Pero yo no le entendía nada. Y las sílabas que le deslizaba como naipes para jugar el juego de la comunicación, al parecer no significaban nada para la niña. Entonces opté por silbar y cuál no sería mi sorpresa que desde dos o tres nidos semiocultos en su fronda me respondieron, en el lenguaje universal de la música, el cantar amarillo de un canario y la roja cantiga de un cardenal. Entonces sí nos comprendimos, inter-cambiamos confianzas, y supimos de nuestra mutuas amarguras. Ella me habló de su soledad, de su no hallarle sentido a la existencia por más que a veces se hallaba lánzete que te lance preguntas a

un viento que arrastra todo menos las respuestas. Yo le dije que me duele este México en que vivimos hasta los tuétanos, que ya no soporto la apatía de mis hermanos y que lloro a solas al advertir el tropel de puños que se han agusanado.

Dio la casualidad de que ambos te-níamos que bajar en el mismo sitio. Nos levantamos del asiento, pedimos parada, yo le presté mi apoyo para que bajara desde el mundo fantástico que los dos construimos por un instante a la realidad. Y vimos cómo el autobús proseguía, a toda máquina, su impres-cindible oficio de mercader de espacios. Yo ya me quería despedir de la *árbola* y venir para acá; pero la niña me puso una rama sobre el hombro y me presionó para que la acompañara a un bosquecillo que se halla muy cerca de esta casa, a tres pasos del aquí y el ahora que jubilosos compartimos.

La acompañé hasta un lugar donde había un agujero recién escarbado, oloroso a humedad y vida. Apenas lo vio la *árbola* y, como pudo, corrió a acomodarse en ese hueco, el suyo, que había abandonado sepa Dios por qué. Alrededor del hoyo estaba la tierra que alguien desplazara de su lugar de siempre y sobre ella una pala todavía con las fauces sucias y una navaja dedicada desvergonzadamente a refulgir. Entonces caí en cuenta de que la *árbola* me advertía la presencia de la pala y, entendiéndola, me puse a rellenar el agujero para que la niña *árbola* pudiera erguirse con la seguridad y la prestancia de siempre. Quedé muy satisfecho de mi faena y estaba ya por irme —pues la impuntualidad con ustedes carcomía ya mi corazón— cuando la *árbola* me dijo o creí que me dijo: “algo falta”. Y yo, que capto al vuelo ciertas insinuaciones, tomé la navaja y grabé en el tronco de mi

amiga un corazón atravesado por una flecha y debajo el nombre de *José*.

Esta es la causa, chitas y chitos, de por qué he llegado tan tarde a la celebración.

MENTIRAS

Tres mujeres acuden con una psicoanalista argentina radicada en México que no sé si es freudiana o lacaniana; pero que –me consta- hablaba poco y preguntaba mucho.

La primera, Eva, era fiel a su esposo y estaba muy contenta a pesar de que a veces sentía ciertas inquietudes...

La analista le dijo: está feliz de no mentirle a él ¿pero no estarás mintiéndote a ti misma?

La segunda, Ana, era infiel a su marido y estaba muy inquieta a pesar de que su amante la tenía en los alrededores de la dicha.

La doctora le preguntó: estás contenta porque no te mientes a ti misma, pero ¿no te hallarás inquieta porque le mientes a tu cónyuge?

La tercera, Anaís, debería encontrarse muy satisfecha (aunque, ay, no lo estaba) porque, al separarse de un compañero y juntarse con otro, no le había mentido al primero ni se había engañado a sí misma.

La psicoanalista le interrogó: si no estás plenamente contenta ¿no será que le has mentido a tu inconsciente que hubiera querido no tener uno y perder el otro sino “tener” a los dos?

COMO ME LO CONTARON

El Profe, a sus 16 años, era el “intelectual” de la colonia. En su casa había decenas de libros y él se había aficionado a echarles un ojo. Sabía, por ejemplo, de la “cruzada de los niños”, de los “duelos decimonónicos” y de la “lapidación de los santos”. Estos conocimientos, que ornamentaban su sesera, vinieron en su ayuda en algunas ocasiones muy señaladas en la vida del barrio.

La nueva dulcería, propiedad de quién sabe quién, subió de repente los precios de sus mercancías al nivel en que la inmensa mayoría de los niños, quedaban excluidos de esos “trocitos de paraíso” que alegraban por unos segundos los tristes paladares de la cotidianidad. El Profe, ni tardo ni perezoso, organizó una “cruzada de niños” para ir al rescate del “santo recinto”. La

chiquillada, no pudo lograr su propósito porque llegó de repente la policía y los agarró in fraganti. Lo único que consiguieron “expropiar”, como decía el Profe, fueron cuatro cajas de malvaviscos, de las cuales dos fueron vaciadas en un santiamén y las otras dos escondidas en un lugar del que sólo sabían el Profe y sus lugartenientes Juancho y Elpidio. El episodio no pasó a mayores.

Las quinceañeras Leticia y Úrsula se odiaban a más no poder. ¿Cómo era posible que dos chiquillas se aborrecieran tanto? Se cayeron mal desde que se conocieron. Los gestos, los ademanes, las sonrisas de la primera repugnaban a la segunda y viceversa. No podían vivir, para decirlo pronto, una sin la otra, aunque amalgamadas por el odio. No se atrevían, sin embargo, a llegar a las manos. La educación y el miedo les ataban el propósito. Pero hallaron el medio para

enfrentarse y saldar cuentas en lo que podríamos llamar un “desafío delegado”. Leticia y Úrsula tenían como novios a Juancho y a Elpidio respectivamente. Y cada una azuzó a su enamorado para que, al salir de la escuela, se dieran en la madre. Ellos no tenían la menor avidez de intercambiar trompadas, pero el deseo de sus chavas se mudaban automáticamente en órdenes para ellos y, pues ni modo, estaban dispuestos a la refriega.

El Profe, líder de la chaviza, reprobó terminantemente que el encuentro fuera a puñetazos. “Eso es cosa de salvajes y nacos de barriada”, sentenció. Y pro-puso, muy en serio, que el enfrentamiento fuera un duelo a la vieja usanza. “No un duelo de pistolas”, dijo. “Eso es anacrónico, estúpido y peli-groso”. La pandilla le preguntó: “Entons ¿un duelo de qué maiz?” y el Profe aclaró: “de resorteras”.

A continuación explicó su idea: “el duelo debe ser muy de mañanita, en el bosque junto al río, a la hora en que los gallos “tiritan sus cantares” como dice la famosa canción de José Alfredo. Cada duelista debe tener su padrino. El “Espantamadres” puede ser el padrino de Juancho y el “Nomeolvides” el de Elpidio. Para que no haya preferencias, las resorteras –tenemos dos nuevecitas- deben ser sorteadas. Sugiero la forma más fácil de hacerlo: el volado. Y que la decisión sea tomada –añadió, poniéndose en trance lírico- por la astucia de un águila o el albedrío del sol. El duelo debe ser no a primera muerte, sino a primera sangre y el triunfador otorgará el símbolo de su victoria –la resortera del vencido- a la dueña de su *amorcito corazón*”. Todos estuvieron de acuerdo. Pero el día del evento, algo salió mal: a todos los que iban a participar, se les pegaron las sábanas y el duelo en vez de tener lugar a las 3.30

de la mañana, en el bosque río abajo, se efectuó a las doce del día en la plaza pública. Lo demás discurrió de la manera convenida. Pero no del todo, ya que lo que iba a ser un encuentro “lejos del mundanal ruido”, se convirtió en un acto espectacular que atrajo a medio mundo. Ahí estaban, además de los duelistas, los padrinos y el Profe —con una batuta invisible en la mano—, Leticia, Úrsula, la abuelita de Leticia Doña Chole, el hermano loco de Úrsula el Panchurris y buena parte del barrio. Se arrojó hacia arriba la moneda y la resortera café oscuro le tocó a Juancho y la resortera café claro a Elpidio. La verdad es que estaban en igualdad de condiciones. Los duelistas se pusieron espalda con espalda, colocaron sendos guijarros en sus armas, contaron los consabidos pasos (veinticinco), estiraron las ligas y dispararon al unísono. Pero, ay, no dieron en el blanco. La piedra de Elpidio dio en un ojo de Doña Chole (la

abuela de Leticia) y la dejó tuerta, la de Juancho atinó en la oreja de Pancho (el hermano de Úrsula) y lo dejó desorejado. Los únicos que escaparon a la confusión del momento fueron dos policías que, viendo los estropicios causados por el lance, se llevaron a la correccional a los malhadados contrincantes.

En los fríos días que pasaron en la correccional los artificiales enemigos corroboraron que no tenían nada el uno contra el otro. Ganados por la muina, fueron testigos de que el amor que sentían por ellas se venía abajo como un castillo de naipes. Y sin mucho trabajo cayeron en cuenta de quiénes eran las culpables del pleito y de las pérdidas de un ojo y de una oreja. De común acuerdo decidieron castigar a las novias inmediatamente después de que se les otorgara la libertad. Dicho y hecho, apenas salieron del reformatorio, se llevaron por la fuerza a las

muchachas al sitio del bosque donde debería de haber tenido lugar el duelo y cada uno con su respectiva les dieron una buena tunda de nalgadas, tras lo cual les echaron una mirada de desprecio y las dejaron llorosas, adoloridas y tal vez excitadas. Las dos enemigas, al verse solas, se fueron olvidando de los inesperados correctivos manuales, y se lanzaron, ahora sí, una contra otra, se mordieron los brazos, forcejearon de lo lindo hasta que rodaron al suelo abrazadas. Era un duelo de verdad, una suerte de lucha libre sin límites, y así estuvieron un buen rato, propinándose golpes, apretándose, jadeando, enroscadas por el odio. De pronto dejaron de moverse, como inánimes muñecas de trapo; sus rostros se hallaron de repente y respondiendo a sepa Dios qué impulso unieron sus bocas y sintieron que un beso, aunque permanecían vestidas, las desnudaba.

Cuántas cosas tuvieron que ocurrir –el duelo, el reformatorio, las nalgadas- para que las chavitas supieran que no podían vivir una sin la otra.

Todos en el barrio se enteraron del nuevo idilio y pusieron el grito en la estratósfera. Sobre todo la iglesia y el viejerío de mochos y mochas. Alguien dijo: “deberían ser lapidadas”. Y esta frase, salida de la lengua viperina del fanatismo, fue escuchada por el Profe. quien decidió hacerse cargo de la sugerencia. Llamó a sus lugartenientes, reunió a su camarilla, citó a su cruzada de niños y todos fueron en busca de las infractoras del orden moral. Y llevaron consigo dos cajas llenas de proyectiles. Hallaron a las chicas tomadas de la mano en una silla del parque, con los ojos estrenando miradas y tocando a cuatro manos los arpegios de su dicha. A la voz de “duro con ellas”, los jóvenes las acribillaron a malvaviscos, dejando sus brazos no llenas

de moretones sino de pequeños círculos de azúcar. Al terminar la faena, el profe dijo: así es como la juventud del barrio castiga las novedosas preferencias sexuales. Y todos, incluyendo las lapidadas, salieron abrazados y gritando y cantando y pisoteando los viejos, malolientes e inveterados prejuicios de ese barrio y muchos otros de nuestro mexiquito lindo.

POETALENTOSO

Había una vez un hombre que descubrió su vocación a los ochenta y seis años: construir neologismos. Cansado de las palabras castizas, de los galicismos, de los anglicismos y de todos los barbarismos habidos y por haber, decidió rehacer el habla; pero no fundarlo otra vez, lo cual además de estúpido es imposible, sino conformar el nuevo lenguaje con el viejo, pero metamorfoseándolo. Y así como hay hidroaviones o sea aviones que amerizan y submarinos o buques que, aguantando la respiración, se sumergen en el agua, y hacen todo ello empalmando el aire, la superficie marítima y las entrañas del océano, nuestro hombre, en sana imitación, se dedicó a conjuntar palabras, o partes de palabras, para hacer nuevas palabras que recogieran el significado de las originales sintetizadas y lograran el milagro de los

fonemas-metáforas. Un ejemplo sencillo: en la noche le molestaban sobremanera los zancudos que venían hacia él con todo y zumbido a horadar su frente y, más le enojaba que, cuando quería protegerse de ellos y aun vengarse, desaparecían como por arte de magia. Por eso les llamo *zancuidizos*, o sea zancudos huidizos. Otro ejemplo para que el lector vaya descubriendo el mecanismo generador de esos juguetes: el hombre, que era un buen lector de poesía, sobre todo romántica, sabía por la lectura, y veía todos los días en su jardín, que las rosas envejecían, llevándose a la juventud entre las patas, hasta volverse rosas marchitas. Se le ocurrió entonces hablar de las *rosarchitas* que hallaba en sus rosales y hasta echó mano del gerundio para hablar de que, ay, sus flores estaban *rosarchitándose*. Una vez descubierto el procedimiento, soltó toda una retahíla de neologismos de todos

sabores y colores. Digo algunos: *helibélulas* (helicópteros / libélulas), *clavelojales* (claveles / ocales), *horpica* (hormiga / pica) u *horpiqueros*, *viboraces* (víboras/voraces), etc.

Se sintió el escritor más importante y original del universo mundo cuando toda su literatura se llenó de peligrosos *gruñerros*, graciosas *minuschinillas*, melancólicas *minioletas*, rincones *alacranosos*, terrenos plagados de *subterranices* y *topiegos* o *ciegopos*, bosques inhóspitos por los *ponzoñáspides* que los rondan, playas llenas de *maracoles*, selvas dominadas por un despótico *leonato*, cielos en que volaban *zopieligrosos* o *aguilambrientos* o mesas rebosantes de *gusabrosos* de maguey.

Pero su obra maestra fue cuando, frente a él, vio, volando alrededor del fuego, varias *palociriomidas*.

En eso estaba cuando su *musaraña*, bajando del cielo, le dijo críticamente: ya deja de engendrar esos *poemalos* con *versosos singraxis*, llenos de *ripiojos* y escritos con *tintarada ridiculosa*.

CALAMIDAD

Jesús era un muchachito normal. No de los que obtenían MB en el colegio pero tampoco de los que sacaban NA. A sus 19 años todos lo querían y sus padres llevaban la batuta en este concierto amoroso. Era algo así como el niño consentido de la buena suerte. Un día, empero, despertó con las manos incendiadas. Sí, de sus palmas nacía fuego, pequeñas flamas intermitentes. Y ya no fue un muchachito normal. Él se quejaba de manera persistente y en voz baja, pero no porque le ardieran las manos, sino por el horrible espectáculo que ofrecían y las dificultades que acarreaban para el quehacer cotidiano. La hermana mayor trajo unas mantas para apagar el inesperado siniestro. Pero fue inútil. El padre quiso apagar el incendio a fuerza de cubetazos. Pero la llamarada, terca, siguió cual tal. La madre quiso llamar a los

bomberos. Pero Jesús calmó a todos al decir: no se preocupen, es que la Juanita me trae loco.

CARTA DE AGRADECIMIENTO O EL SECRETO CONTENIDO EN UNA SONRISA

En medio del velorio de su “viejo”, Velma no pudo, después de tanto chillar, reprimir una sonrisa completamente fuera de sitio que rápidamente escamoteó bajo su velo negro. Y es que se había puesto a rememorar que tiempo antes, cuando él tenía 78 años y ella diez menos, su vida, que atravesaba una fase insípida y rutinaria, cambió de pronto y para bien.

Llevaban cinco años sin el menor encuentro sexual y sus manos, engarrotadas, habían olvidado hacer una caricia. La doble razón de ello, obvia, surgió de la impotencia masculina que, tras el fracaso de una aciaga noche, cuando él tenía 75 años, ya no pudo levantar cabeza, y del deseo nada marchito de Velma que, ante las

irremediables circunstancias que habían llegado para quedarse, se vio forzado a ocultarse en algún lugarejo del cerebro reservado a la resignación. Fue en esos días cuando ella -que era, como él, una mujer ignorante, pero curiosa a decir más- asistió a una *reunión de mujeres* en que se habló de muchos y variados temas y, entre otros, de la famosa *pastillita azul*. Al salir de la reunión, pasó a una farmacia y pidió al dependiente, sin inmutarse, el medicamento de extraña nominación del que se había hablado, y el farmacéutico, como si vendiera unas aspirinas, entregó una cajita a Velma, la cual, oronda, se dirigió a su casa a reunirse con su viejo Don Refugio, el cual, como era un poco olvidadizo, y confundía a veces las manzanas con las peras, había permitido, con beneplácito, que ella le suministrara, noche a noche, el puñado de medicinas que sus múltiples achaques demandaban. Así es que ella

mezcló la *pastillita azul* con las otras e hizo que Don Refugio, auxiliado por un trago de agua, se la zampara. Cenaron muy a gusto. Vieron algunos de sus programas de TV preferidos y dos horas después, se fueron a su cuarto. Ella entró al baño para darse un duchazo y al poco tiempo tornó a la recámara, envuelta en una toalla, y empezó a secarse, lenta y parsimoniosamente, todas las partes sacras y profanas de su cuerpo ante la mirada de su viejo que hallábase en el lecho ya en pijama. Él, a diferencia de otras veces, quiso hacerse de la vista gorda, pero Dios sabe por qué, sintió que los movimientos de su cónyuge -una especie de ballet impúdico- le ponía el ojo cuadrado, y cuando ella, sin decir agua va, se metió a la cama sin ponerse el camisón, había sorpresivamente un nuevo invitado entre las sábanas. Esa fue la primera de una serie de inolvidables noches en que, una vez por semana y algunas veces dos, ella, sin

sospecharlo nunca su marido, añadía la *pastillita azul* al bonche cotidiano de medicinas.

Todavía recordaba la última vez. Tras de hacerle tomar a su esposo su *cocktail* de comprimidos, fueron a la cama y ella, juguetona, le había dicho: “oye, viejo, ¿te sientes mal?”

-¿Por qué Velmita?

-Porque siento una parte de tu cuerpo muy pero muy inflamada.

Él se bajó los pantalones y le interrogó: “¿aquí?”.

Entonces ella se encaramó en el pináculo del goce y, vuelta una moderna amazona, se fue a galopar al jardín de las delicias.

Después del paro cardíaco que había terminado con la vida de su viejo a los 83 años, ella encontró en una de las páginas

del libro de cabecera de su marido –una vida de San Agustín– la siguiente carta:

“Dios mío: te doy las más encarecidas gracias por haberme devuelto mi virilidad. Los años de abstinencia fueron días perdidos y mi corazón, con la castidad forzada de esos años, se me había vuelto reseco, rancio y arrugado. Pero estos últimos años me has vuelto la seguridad y la alegría. Gracias Señor. No sabes cuánto te ama tu feligrés Sergio Rodríguez”.

Velma leyó la carta y se deshizo en lágrimas. Y ahora, en el velorio, no pudo reprimir la sonrisa que cobijaba la siguiente reflexión: Ay, mi viejo, a quien deberías de haber dado las gracias es a tu mujer, a tu Velma, esta mujer maravilla.

LA GRACIA

Es cierto que la mujer norteamericana de muy buen ver y de mejor entrever, se puso las prendas de vestir y los gestos y ademanes que volvían inconfundible el coqueteo descarado: pero eso no justifica en nada que John Hart la sometiera a la fuerza bruta y la violara. La policía lo aprehendió en menos que canta un gallo y, tras un juicio en que la defensa no supo o no pudo salvar a su cliente del castigo, fue sentenciado a muerte por un jurado de personas blancas y en su mayoría cristianas y racistas. Pasó el tiempo y ninguna de las peticiones de permuta de la pena capital por la prisión perpetua prosperó.

El gobernador del estado, que podía haber ejercido un acto de clemencia, se negó a hacerlo y declaró, socarrón, “cúmplanle al enjuiciado su último deseo antes de ir a la

silla eléctrica”. Es muy típico de ciertas autoridades sureñas de EE.UU ser inflexibles con la pena de muerte y muy magnánimos con la celosa satisfacción del último deseo. Pero la petición de John, unas horas antes de su ejecución, puso en un predicamento al puritano gobernador. El negro exclamó: “No quiero que me ofrezcan una cena succulenta, no pido que venga mi madre a despedirse de mí, no deseo que un sacerdote católico acuda a confesarme, no solicito que me traigan una pinche botella de aguardiente para embriagarme. Nada de esto me ayuda a serenar mi ánimo y sacarme del encabronado estupor en que me encuentro. Les demando una sola gracia: que me permitan masturbarme unos minutos antes de la primera descarga eléctrica: sólo el orgasmo –lo sé, lo sospecho– me puede...¿cómo decirlo?... distraer del fregadazo que me espera”.

Cuando el gobernador supo de la petición, puso el grito en el cielo. Echó madres contra “la inmoralidad de estos negros” y no pudo dormir la siesta. Finalmente, la almohada le aconsejó no traicionar su promesa de tomar en cuenta, en lo posible, el último deseo de los delincuentes. Con mucho disgusto aceptó la demanda e incluso no puso reparos en que, como siempre, el espectáculo de la ejecución tuviera un reducido grupo de asistentes: en realidad funcionarios de la cárcel y algunos empleados de la burocracia. “Pero -puntualizó con energía- ninguna mujer, ni tampoco ningún periodista. El acto debe ser inadvertido, como una vergüenza en nuestra historia penitenciaria”.

Al llegar el momento de que John rindiera cuentas con la justicia norteamericana, el verdugo llegó a la funesta silla acompañado de un espectro tembloroso que, empujado por un guardia, arrastraba los pies y

encarnaba una elocuente versión de la palabra guiñapo. Lo sentaron en la silla, le conectaron los cables en la cabeza, los brazos, las piernas y los tobillos. Pero le dejaron libres el antebrazo y la mano derecha. El verdugo vio su reloj de pulsera y susurró: “Querido, tienes tres minutos”.

El público, acostumbrado a estas sesiones de *atrocidad legal*, no podía dar crédito a lo que evidenciaban sus desorbitados ojos. Antes de la primera descarga, Andrés Negrete puso mano a la obra, lo hizo con desesperación, como si se le fuera el alma en ello. La eyaculación copiosísima tuvo lugar al mismísimo tiempo en que llegó la primera descarga. El rostro del sacrificado -se dijo- fue una mezcla de placer innarrable y de sufrimiento exacerbado, tras lo cual fue presa poco a poco de una serenidad uncida a lo perpetuo.

Al llegar la segunda descarga, John había dejado ya este mundo despidiéndose de él,

por así decirlo, con un portazo violento o una mentada de madre. El público -como hipnotizado por lo incomprensible- se le quedó mirando un largo rato, hasta ver salir de la boca del pene, tras el derrame blanco natural, una gota de semen profundamente negra.

PALABRAS CRUZADAS

“Efraín Gil Robles es el personaje preferido de mis cuentos. Es, entre mis criaturas literarias, la *más humana*”, le digo a mi pluma y ella pronuncia el inaudible *sí* de su asentimiento.

Es mi personaje preferido ya que tiene más carne y hueso, más sangre en las venas y más delirios en la atalaya de la imaginación, que cientos y cientos de personas que, sin vida, pululan por doquier y parecen sacadas de un cuento comercial o una telenovela. Respondiendo a su idiosincrasia, un día, al estar hojeando una novedosa e incógnita revista que el azar puso en sus manos, leyó el siguiente aviso: *“Atención personajes literarios: la Oficina Central de Mutaciones ha elaborado un conjunto de ‘crucigramas del conocimiento universal’ y los pone a disposición de los*

protagonistas literarios que se sientan capaces de resolverlos. El premio único es el traslado inmediato y seguro del mundo de la imaginación al de la realidad. Los que fracasen continuarán su vida cotidiana como productos de la inspiración, o falta de ella, de los escritores”.

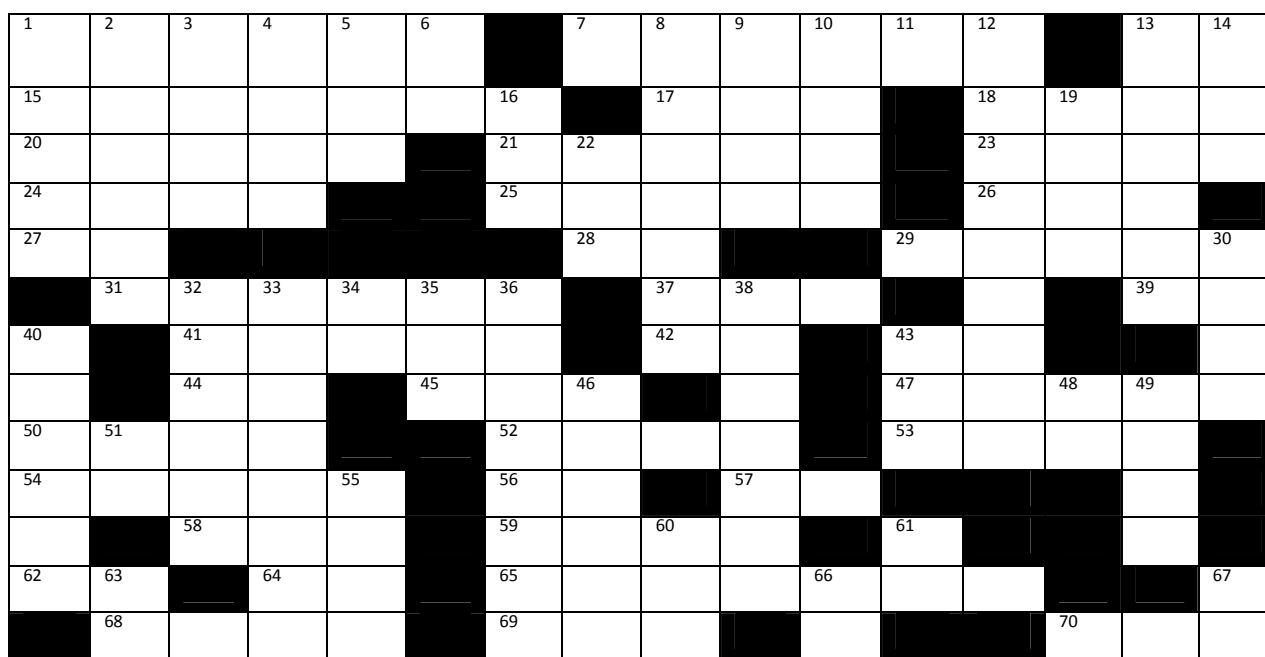
Efraín, ni tardo ni perezoso, fue a la Oficina Central de Mutaciones a solicitar uno de los mentados crucigramas con la esperanza de que, de solucionarlo, pudiera dar un “salto” y hallarse en el espacio y el tiempo como cualquier hijo de vecino. Al llegar a las puertas de la Oficina, no dejó de llamarle la atención la larga fila de famosas figuras literarias que aspiraban a lo mismo: dar una satisfactoria resolución a las palabras cruzadas y, como en el poema sinfónico “Muerte y resurrección”, dejar el aquende de su vida imaginaria y ser aupado al allende de la realidad. En la fila reconoció a personajes universales como

Prometeo, Macbeth o Alonso Quijano; figuras latinoamericanas como Martín Fierro, Doña Bárbara o Aureliano Buendía, y figuras mexicanas como Martín Garatuza, Pito Pérez o Pedro Páramo. Se enteró de que a cada uno se le iba a entregar un “crucigrama de conocimiento universal” con algunas semejanzas (provenientes de las experiencias comunes a todos los humanos) y muchas diferencias (surgidas de la época en que fue imaginada la vida de cada personalidad).

Efraín podría haberse desilusionado al advertir tan indiscutibles e importantes competidores, pero el saberse conformado con la materia fina de la erudición y haber conocido, casi se puede decir que personalmente, a Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Guillermo Tovar y Teresa, lo llenó de seguridad con un post grado en la valentía “y aquí estoy, se dijo, para jugármela en serio, con el corazón

intrépido y la frente esperanzada”. Después de una buena espera -en que el reloj parecía rumiar cada minuto saboreando su fugacidad- le llegó su turno y unas piadosas manos le entregaron el crucigrama y le dieron, como a todos, un mes para resolverlo.

El crucigrama es éste:



y las preguntas a resolver son las siguientes:

Horizontales:

1. apellido del autor español de “Zalacaín el aventurero”

7: demonio disfrazado de profeta

13: mi en francés

15: carente de olor

17: bebida alcohólica obtenida por fermentación y destilación del jugo de la caña de azúcar

18: libro sagrado que forma parte de la Biblia de la iglesia ortodoxa etíope

20: bala de fusil de menor calibre que la ordinaria

21: diosa griega de la paz

23: letras que se emplearon para escribir en las lenguas germánicas

24: palabra francesa que significa impulso o ímpetu

25: hombre que trafica con mujeres públicas

26: club para vacaciones de lujo

27: prefijo que significa repetición

28: carta de los naipes

29: limpiar las tierras de las hierbas y matas inútiles

31: famoso filósofo hispano romano

37: miembro de la casta de los esclavos en

el imperio otomano

39: segunda nota de la escala musical

41: naturalista sueco considerado el padre de la botánica moderna

42: tercera persona del singular en francés

43: nota musical derivada del primer verso de un himno religioso usado por Guido d'Arezzo

44: nombre que proviene del occitano en contraste con el francés del norte o lenguas oil

45: denominación de un partido político mexicano

47: designación dada en la antigüedad a la tierra que bordeaba el Ponto Euxino (Mar Negro)

50: barrio londinense donde todo está en constante ebullición

52: con forma de huevo

53: préstamos en dinero o efectos que se hace a campesinos y mineros

54: miembro del cuerpo de un polluelo

56: primera sílaba del nombre de una famosa novela de Michael Ende

57: artículo indeterminado

58: palabra invertida que alude a un árbol

que tiene grandes propiedades que benefician al cuerpo, originario de la India y de Birmania

59: inversión del nombre dado al musulmán que habitó en España desde el siglo VIII hasta el siglo XV

62: Antes meridiano

64. No aprobado

65. Hijo del zar, heredero del trono

68: firma que se pone al pie de un documento de crédito para responder de su pago

69: pequeño palíndromo

70: siglas de quien resolvió este crucigrama

Verticales:

1: violinista austríaco-bohemio autor de las Sonatas del Santísimo Rosario

2: relaciones de sucesos por años

3: da vueltas en un círculo

4: el dios principal de la mitología nórdica

5: primera parte de la palabra inglesa (castellanizada) que significa en béisbol “carrera a casa”

6: Alfonso Reyes

8: músico ruso autor de las “Variaciones

sobre un tema de Chaikovski”

9: simio

10: conjuntan

12: autor ruso de la famosa novela “Un héroe de nuestro tiempo”

13: limpiar algo quitándole lo superfluo o extraño

14: en este lugar o cerca de él

16: familia de lenguas romances originadas en la antigua Francia y parte de Bélgica

19: fruto del nogal

22: hija de Urano y Gea, hermana y esposa de Cronos y madre de Zeus

32: palabra con la que se denomina a Dios en la Biblia

33: droga tóxica extraída del tabaco y que también se puede producir sintéticamente

34: preposición que denota lugar, tiempo o modo en que se realiza lo expresado por el verbo

35: Consejo Nacional de Población

36: azafata

38: poema escrito por Edgar Alan Poe en 1847 dedicado a su esposa

40: platillo griego que se hace con carne picada de cordero o de ternera

43: arriba

46: gran músico checoslovaco del siglo XIX

48: conjunción copulativa para unir vocablos que denotan negación

49: novela de Cesare Zavattini de la cual se hizo la película “Milagro en Milán”

51: fonema invertido que alude al artículo determinado neutro singular de él

55: palabra invertida que significa pelo de las ovejas o de otros animales que se hila y sirve para tejer

60: reza

61: símbolo de la razón de la circunferencia a la del diámetro

63: Mi en francés

66: miré

67: trasladarse a

Efraín se encerró en su cuarto días enteros para dar muestra, localizar las palabras huidizas y sacar de su escondrijo a los vocablos recelosos, de sus conocimientos en las áreas de la ciencia, la técnica y las

humanidades¹. Echando mano de sus libros, su memoria privilegiada, la red -que puede ser una caja de Pandora si no tiene uno a raya sus neuronas, pero que le es dable ser una torre para tutearse con los puntos cardinales- y, finalmente, de la sabiduría de sus amigos eruditos, fue poco a poco resolviendo las dificultades y dando con las respuestas adecuadas.

He aquí el crucigrama resuelto:

¹ B	² A	³ R	⁴ O	⁵ J	⁶ A		⁷ S	⁸ A	⁹ M	¹⁰ U	¹¹ E	¹² L		¹³ M	¹⁴ A
¹⁵ I	N	O	D	O	R	¹⁶ O		¹⁷ R	O	N		¹⁸ E	¹⁹ N	O	C
²⁰ B	A	L	I	N		²¹ I	²² R	E	N	E		²³ R	U	N	A
²⁴ E	L	A	N			²⁵ L	E	N	O	N		²⁶ M	E	D	
²⁷ R	E						²⁸ A	S			²⁹ R	O	Z	A	³⁰ R
	³¹ S	³² E	³³ N	³⁴ E	³⁵ C	³⁶ A		³⁷ K	³⁸ U	L		N		³⁹ R	E
⁴⁰ M		⁴¹ L	I	N	N	E		⁴² I	L		⁴³ U	T			N
U		⁴⁴ O	C		⁴⁵ P	R	⁴⁶ D		A		⁴⁷ P	O	⁴⁸ N	⁴⁹ T	O
⁵⁰ S	⁵¹ O	H	O			⁵² O	V	A	L		⁵³ A	V	I	O	
⁵⁴ A	L	I	T	⁵⁵ A		⁵⁶ M	O		⁵⁷ U	N					T
K		⁵⁸ M	I	N		⁵⁹ O	R	⁶⁰ O	M		⁶¹ P				O
⁶² A	⁶³ M		⁶⁴ N	A		⁶⁵ Z	A	R	E	⁶⁶ V	I	CH			⁶⁷ I
	⁶⁸ A	V	A	L		⁶⁹ A	K	A		I			⁷⁰ E	G	R

¹ como tú podrías hacerlo, querido lector, si te lo pidiera el deseo y el tiempo te pusiese buena cara.

Muy consciente de sí, de la validez de su trabajo y de su capacidad intelectual, estando a punto de terminar su labor, y finalizarla con un cumplimiento tan certero como indiscutible, se dio el lujo de criticar a los “programadores del crucigrama”. El reto es algo difícil, pero con paciencia, unos gramos de astucia, varias tazas de café y una memoria bien aceitada, puede vencerse, si no con la mano en la cintura, sí acariciando los senos de Minerva. Las preguntas sobre los músicos, los literatos, los hombres de ciencia o de filosofía están bien; pero aludir a un club vacacionista o a la mitad de una expresión beisbolera, es un dislate, para no hablar de las preguntas horizontales o verticales que entran en el crucigrama, no como Pedro por su casa, sino de manera forzada y grotesca.

Efraín, al cumplirse los días dispuestos para la entrega del crucigrama resuelto,

acudió a entregar sus palabras cruzadas. Se le indicó una nueva fecha para darle a conocer el dictamen del jurado y, llegada ésta, corrió a la Oficina Central de Mutaciones para conocer la opinión de los dictaminadores. Apenas entró al edificio, salieron a darle la bienvenida varias personas con los brazos abiertos y una lluvia de felicitaciones y la invitación a tomar una copa de vino con las autoridades en pleno de la Oficina. El coordinador del jurado los recibió con las siguientes palabras: “su trabajo fue el mejor de todos, su cultura es multifacética y deja usted la memoria de los elefantes como la desmemoriada existencia de un hombre entrado ya en la senectud. Usted merece el premio, todos aquí lo atestiguan y por eso queremos felicitarlo, aunque existe un pero...”

-“¿Un pero?”, balbució Efraín atemorizado.

-“Sí -continuó el coordinador- y este *pero* o *inconveniente* radica en su respuesta a la palabra horizontal con que terminó el crucigrama. Usted puso EGR, lo cual nos dejó estupefactos por un momento hasta que caímos en cuenta de que estas letras correspondían a las siglas de Efraín Gil Robles”

-“Desde luego, porque fui yo quien resolvió el ‘crucigrama del conocimiento universal’.

-“Y aquí está -respondió el coordinador- su gran falla y el impedimento de que pueda usted brincar del ilusorio mundo en el que vive a la real realidad verdadera. El EGR escrito por usted sería correcto si aludiera a Enrique González Rojo y no, por desgracia para usted, a su personaje preferido.

LOS COLORES DEL RESPETO

Jorge, mi compañero de trabajo, no deja de sorprenderme por la manera en que enfrenta las cosas y resuelve los problemas. Cuando lo veo cómo actúa, me siento como la ingenuidad ha de sentirse cuando tiene frente a sí a la experiencia. Como ilustración de esto, les narro que Jorge a los veinte años pensaba, como la mayoría de los hijos e hijas, que, en lo que se refiere al sexo, sus papás respiraban la atmósfera confortante de la normalidad. Pero de pronto, empezó a notar ciertos extraños comportamientos de sus progenitores y escuchó, sin pretenderlo, una conversación que no atinó a comprender por la presencia en el cuchicheo de ciertas expresiones inesperadas, confusas y hasta escandalosas. En la primera oportunidad que tuvo, les preguntó a quemarropa que qué sucedía, qué cuál era el sentido de la plática

mentada, y ellos, un tanto afligidos y titubeantes, aunque resueltos, le confesaron que si bien ambos, cuando contrajeron nupcias y lo concibieron,, constituían una pareja tradicional, con el paso de los años, el tráfago de experiencias y la inquietud personal, libidinosa, de cada uno –para dejar las cosas ahí, sin más explicaciones– los condujo, casi al mismo tiempo, a transmutar sus preferencias sexuales, y el resultado de ello fue que los dos, tras de quemar las naves del retorno,, pero sin separarse, cambiaron de carácter y actitud y papá se hizo homosexual y mamá lesbiana. Ellos confesaron a su hijo la nueva situación con el mismo embarazoso temor con que suelen hacerlo los jóvenes (que reniegan del “lugar” sexual asignado por sus condiciones físicas y las buenas costumbres) al hablar con sus padres conmocionados y perplejos. Jorge que, hasta entonces, no sospechaba nada se sintió asaz

conturbado y durante varias semanas no sabía cómo entender la relación de sus padres entre sí, de ellos con él y de sus propios sentimientos, en plena contradicción y zozobra, consigo mismos. Mas la pomadita del tiempo que acaba de poner las cosas en su lugar y zurcir el alma adolorida con el hilo bienaventurado de la cicatriz, hizo que Jorge aceptara la situación, la fuera poco a poco asimilando y, finalmente, la justificara y defendiera como una de las expresiones de la libertad inalienable de ser *motu proprio* lo que se quiere o se puede ser.

Unos años después, Jorge, de manera abrupta, sintió el despeñadero de la mala suerte sobre sus hombros o un zarpazo del destino en el sereno curso de su existencia, ya que sus padres murieron al mismo tiempo en un accidente automovilístico que tuvo lugar en la calle de la amargura esquina con Providencia.

Jorge, aturdido, no pudo hacerse cargo de los múltiples menesteres implicados en el velorio y el entierro de su padre y de su madre. Sus parientes tomaron el mando y llevaron a buen fin todas y cada una de las acciones requeridas. Entre ellas, la adquisición de los ataúdes. Y es de mencionar esto, ya que en el sector mercantil de cajas de muerto de la funeraria, no quedaban más que dos ataúdes del mismo tamaño, forma semejante, idénticos adornos e igual precio, pero que diferían en que una era azul por dentro y por fuera y la otra rosado en ambos sitios. Los parientes, ante la ausencia de otras cajas de colores más propios, compraron las que había e hicieron que los ataúdes se trasladaran al velatorio donde también se llevarían los restos mortales de los padres de Jorge. Una vez instalados aquéllos, los tíos y las tías, los sobrinos y sobrinas decidieron introducir,

como era lógico, a la mamá de Jorge en el atúd rosado y al papá en el azul. Pero Jorge, saliendo de su marasmo, se opuso tajantemente a ello y, auxiliado por otros parientes y amigos, depositó a su padre en la caja rosada y a su madre en la caja azul.

Después de eso, y a la llegada de la noche, aunque sin aliviar en nada su sentimiento de pérdida, nada le impidió dormir a pierna suelta.

AVATARES DE DOS BORRACHOS Y UN PORTENTO

El corazón del centro de Coyoacán es el templo de San Francisco, el cual cumple dos funciones: ser el padre o el hermano mayor de una colonia donde hay edificios, casas, pocilgas, restaurantes, jardines, librerías, y ser el pastor de piedra de un buen número de feligreses que tienen la mitad de su corazón en el pecho y la otra en el altar de la iglesia. No todos los habitantes de Coyoacán, sin embargo, le dan el golpe al incienso y tienen a Francisco como su santo de cabecera. Los hay también evangélicos, testigos de Jehová, positivistas, comecuras y un grupo de ateos que se puede contar con los dedos de la mano de un manco. También merodea por ahí un loco itinerante que se autodenomina “el rey de Coyoacán” y a quien de vez en cuando, por Abasolo, Gómez Farías o la avenida

Hidalgo, le da por cantar, con una estentórea voz de barítono, algún himno protestante o un discurso incendiario llamando a la rebelión contra el alto clero o la clase política. Y también son de este rumbo dos personajes un tanto decimonónicos: uno, librepensador y jacobino como el que más (Don Gabino), y otro, un “mocho y persignado” (Juan Diego), los cuales encarnaban el asombroso hecho de ser *amigos del alma* pese a sus creencias. Juan Diego le decía a su camarada -dando por supuesto que él avanzaba en línea recta hacia la bienaventuranza - “seremos amigos hasta que el infierno nos separe”. Ambos eran borrachos perdidos o empedernidos (escoge tú, lector, el adjetivo calificativo) y varias veces a la semana venían juntos por Francisco Sosa, atravesaban el parque de los coyotes, bordeaban la parte izquierda de la iglesia y se internaban en ese edén etílico que era la Guadalupeana donde los esperaba

una botella de tequila, de preferencia reposado, con los brazos abiertos.

Don Gabino y Juan Diego, desde muy pronto, fueron testigos de que una de las paredes de la iglesia, que daba al exterior, enloqueció repentinamente, y empezó a fraguar, como las nubes que gozan con pergeñar metáforas atropelladamente, estampas o esbozos de figuras de las más variadas formas.

¿De qué parloteaba el muro? ¿Qué es lo que configuraba o producía? A veces un orangután comiéndose las uñas, otras una especie de querubín con alas de murciélago, una tarde un plato con dos mosquitas muertas y una cuchara, en un instante un oso hormiguero con delantal, a veces una jirafa dándole mordiscos a una naranja aérea y en ocasiones un Cantinflas ahorcándose en su gabardina.

Juan Diego y Don Gabino también descubrieron que la pared, voluble, hacia mutaciones o cambiaba de estado de ánimo: lo que un día semejaba una mano, al otro día era una mazorca, Lo que en la mañana parecía una pareja estrujada en un beso, en la tarde era un árbol de la noche triste deshojándose. “Mira, se regocijaba Don Gabino, lo que el lunes se diría un lápiz, el miércoles una pobre lombriz con ínfulas de culebra, hoy viernes es una serpiente con colmillos de dragón”. “Sí, replicaba Juan Diego, lo que ayer era un pródigo seno, hoy es un globo que se escapa de las manos de un niño”.

Entre los transeúntes, eran pocos los que prestaban atención a la juguetería fantástica de la pared. Sólo el par de amigos, divididos por sus creencias pero hermanados por los artilugios de Baco, reparaban en el surrealismo demencial de la tapia. Pero un día, un día, un día... la

pared fue esbozando poco a poco la inusitada aparición de una virgen de Guadalupe. Las demás imágenes estrafalarias humildemente hicieron mutis y dejaron que se robara la escena la virgen morena del Tepeyac.

Juan Diego fue, no sólo de los dos amigos, sino de toda la gente, el primero en advertir el suceso y, como si su nombre le resultara inaguantable por su peso y lo obligara a inclinarse, se postró ante la imagen y se deshizo en rezos y exclamaciones. Cuando se levantó, no se cansaba de decir: “es un *milagro*, un *milagro*”. Don Gabino, que lo observaba socarronamente, lo atajaba: “qué milagro ni que ocho cuartos, es una mancha del muro que casualmente parece *coincidir* con la imagen de la virgen de Guadalupe. Déjate de pendejadas y vámonos a la Guadalupana de verdad”.

Los creyentes de Coyoacán y colonias aledañas corrieron la voz. La gente se hincaba de rodillas ante la imagen y rezaba furiosamente. El fervor religioso se fue encaramando a los cuarenta grados del delirio. El lugar se llenó de veladoras y hasta hubo domingos en que todos los feligreses en lugar de entrar a la nave y arrodillarse ante el altar, se apretujaban frente al portento y sus ojos desgranaban lágrimas que eran al parecer de agua bendita.

Juan Diego estaba emocionado por la suave presencia de lo sobrenatural en los encalados ladrillos de la tapia. “Qué suerte -se agitaba- ser testigos de un milagro tan indiscutible”. Don Gabino se reía amablemente de su compinche, pero no dejaba de fustigar, desde el pedestal de la ciencia, la “superstición” de Juan Diego. Y después de una esgrima en que chocaban como espadas los vocablos milagro y supers-

tición, superstición y milagro, ambos se iban a la Guadalupana a continuar una discusión que terminaba siempre en las pedrezuelas de los puntos suspensivos.

Pero un día, la virgen comenzó, gradual e imperceptiblemente, a metamorfosearse: una tarde perdió un ojo, a la mañana siguiente una mueca poco amable sacó a codazos la dulzura de su boca. Hacia las 16 p.m. el resplandor de luces que la circundaba transformó su imagen en una suerte de criatura rodeada de espinas, después las manos unidas por el rezo se amalgamaron en lo que parecía un libraco que se desmoronaba y, a lo último, en una imagen retorcida, informe, con el ángel que le servía de pedestal volando al centro de un bulto negro sin pies ni cabeza, desapareció la virgen de Guadalupe sin dejar el menor rastro.

La imagen se esfumó y, con ella, el entusiasmo y la esperanza que habían

ilusionado a las criaturas de Dios. El cura de San Francisco mandó encalar del todo la pared para que, como arguyó, “la superstición y los engañosos tejemanejes del demonio no vuelvan a aposentarse aquí”.

A partir de ese día la tapia, sorda como lo exige su identidad, ya nunca escuchó el canto de las sirenas del allende y jamás volvió a decir “esta boca es mía”. Fue un muro que, contrito, volvió mansamente a la cordura.

Al correr del tiempo, el suceso fue olvidado por casi todos los coyoacanenses. Mas Don Gabino y Juan Diego siguieron hablando y hablando de lo sucedido, cada uno desde su muy personal interpretación de las cosas: la de que *sí* fue un milagro y la de que *no* sólo fue una mera casualidad: En la ya mencionada esgrima de siempre, uno llevaba un poco de cielo en la punta de su espada, mientras que el otro cargaba en la suya un terrón de tierra. Y ambos coincidieron en

señalar que la aparición de marras, seguida de la interminable discusión sobre la esencia del suceso y de las reflexiones de cada uno sobre el mismo, fueron como un parteaguas o un *punctum saltans* en su vida, ya que Don Gabino, que había sido hasta entonces sólo un librepensador introvertido, agnóstico y jacobino, logró una cátedra en la Preparatoria núm 6 de Coyoacán donde pudo explayar sus enconos contra la superchería, y Juan Diego, que fuera únicamente un hombre de fe absorto y ensimismado, saltó, como era previsible, a la dignidad del sacerdocio con la esperanza de codearse con la divinidad. En lo que al alcohol se refiere, ambos optaron por la militancia reservada.

EL RETABLO DE MAESE ENRIQUE

En la parte septentrional de *El país de las maravillas*, entre el condado de *Neverland* y la *Cueva de Montesinos*, se aposenta una gran carpa que, en un semicírculo a manera de corona, ostenta el nombre, rutilante y enigmático, de *Retablo de maese Enrique*.

Alicia se detuvo, intrigada, ante la forma caprichosa y extravagante del recinto, con varias tiendas de campaña al interior. A la derecha y la izquierda de la entrada había sendas taquillas donde se adquirirían boletos para acceder al o los espectáculos que dirigía, desde la cabina de su invisibilidad, el director de escena. Alicia se acercó a la taquilla de la derecha y preguntó por el precio para entrar al recinto. La empleada - una bella mujer misteriosa con dos cabezas y cuatro manos-, en vez de responder, dijo con su boca izquierda: “aquí vendo boletos

para el tamaño de espacio que usted desee”, y con la derecha: “y aquí mismo vendo boletos para la duración de tiempo que necesite”. Alicia preguntó a la bolsa de su delantal cuántas monedas traía, y aquélla respondió que el número suficiente para ocupar un cómodo lugar en el *espacio* de los espectadores, y para gozar del *tiempo* indispensable que exige la función, sea cual fuere ésta. Alicia compró los dos boletos y oyó, a dúo, que las dos bocas le susurraban: “ahora ve a la taquilla de enfrente”. Ni tarda ni perezosa, o como quien le da a olfatear a sus pies la línea recta, la niña se desplazó a la otra taquilla, donde despachaba un hombre feo con media cabeza y media mano. “¿Trae sus boletos del espacio y el tiempo?”, preguntó, tragándose las consonantes y escupiendo las vocales. “Sí - respondió Alicia- aquí están”. “Bueno - exclamó la media boca de la media cara- con lo que compró ya puede ir a las carpas

del minicuento o del cuento, pero sólo a éstas”. La media mano hizo el ademán de exigir dinero, con el fin de añadir a los boletos del espacio y el tiempo, el requerido para acudir al tablado de los géneros mentados. Alicia sacó una última moneda de su delantal: una que tenía forma de llave dorada como hecha para entrar por la puerta principal de cualquier fantasía. Ya estaba por irse, cuando la media boca de la media cabeza, le gritó: “no se vaya a meter a la carpa de las novelas o de cualquier otro lugar; sus boletos del espacio y el tiempo no lo permiten”.

Alicia se sentó entre los numerosos espectadores, ante la tarima del espectáculo. Entonces ¿cuál no sería su sorpresa cuando vio en el tablado aparecer a otra Alicia que, en la parte septentrional de *El país de las maravillas*, entre el condado de *Neverland* y la *Cueva de Montesinos*, llegó a una gran carpa que, en un semicírculo a manera de

corona, ostenta el nombre, rutilante y enigmático, de *Retablo de maese Enrique*. Y más se sorprendió cuando vio que todo lo que había acaecido -con la bella mujer de las dos cabezas y las cuatro manos y el hombre feo de medio rostro y media mano- ocurría en el escenario, incluyendo el momento en que la Alicia de arriba o sea la de la representación, entraba a la carpa del *cuento* y veía en su escenario que ella, es decir la otra Alicia, contemplaba en un nuevo escenario que una tercera Alicia se detenía, intrigada, ante la forma caprichosa y extravagante del recinto, con varias tiendas de campaña al interior, llamado el *Retablo de Maese Enrique*. Alicia, entonces, se sintió amenazada por los avatares del eterno retorno. Fue en ese momento que se levantó de su asiento, irrumpió en el escenario, y tirando al suelo a la Alicia fantasmal y todas sus comparsas, deshizo el ritornello diabólico del infinito.

Así estaban las cosas, cuando entraron al lugar dos esbirros con rostro de hipogrifos violentos, tomaron de los hombros a nuestra Alicia y se la llevaron ante un juez que, después de estudiar el caso, decidió que la chiquilla era doblemente culpable: primero, debido a que en vez de ir a las carpas del *cuento* o el *minicuento* se había introducido a la del *cuento de nunca acabar* y sus boletos del tiempo y el espacio no le daban derecho para entrar ahí. Segundo, porque había subido furiosa al escenario en el momento en que ella, es decir la otra Alicia, contemplaba en una nueva escena que una tercera Alicia se detenía, intrigada, ante la forma caprichosa y extravagante del recinto, con varias tiendas de campaña al interior, llamado el *Retablo de maese Enrique* y fue entonces cuando Alicia se sintió amenazada por los avatares del eterno retorno y se levantó de su asiento, irrumpió en el escenario y, tirando al suelo a la Alicia

actriz y todas sus comparsas, deshizo el ritornello diabólico del infinito.

Los esbirros se la llevaron a rastras hacia el cadalso. En el aire no cesó el estridente grito de “Que le corten la cabeza” y un par de verdugos se vislumbraban, a una mirada de distancia, afilando sus alfanjes a toda prisa. No sé qué hubiera ocurrido con la pobre muchacha si, gracias al *deus ex machina* que improvisó el cuentista, se presentó en ese momento un hombre esbelto, vestido totalmente de rojo, que llegaba en su veloz patín del diablo y traía un primoroso estuche que puso en manos de Alicia.

Al tiempo que ella abría el estuche para ver su contenido, los esbirros la sacudieron para nuevamente arrastrarla, lo cual la salvó del insensato castigo, porque ello motivó que saltara del joyero la perla negra del punto final de este relato, que resbaló desde las manos de la niña, se deslizó hacia

la tierra, y rodó y rodó un buen trecho hasta detenerse precisamente aquí.